

Jueves

Escrito por Bardamu.

La niebla iba haciendo suya las calles y mojando los muros de ladrillo. Un sudoku de cerramientos de aluminio se desplegaba ante mi ventana, un barrio de Madrid donde la gente anda con la barbilla pegada a la pechera por la calle. Yo estaba viendo a través de la ventana como los coágulos de bruma se formaban bajo las farolas. Justo al frente de mi casa otro bloque de edificios, tan cerca que podías oler el plato de sopa del vecino al abrir la ventana.

Solía asomarme por ella con la excusa de calentarme con el radiador. Justo a mi altura, en el edificio de enfrente, se encontraba uno de mis coterráneos. Una vida entera apretujado entre la nicotina y su terraza. Solía cruzarse de brazos mientras fumaba asomado a la calle, a veces mirando nuestra fachada como un espectador de cine. Salía a aquella barandilla varias veces al día, como una ceremonia del té japonesa. Encenderse su cigarro y ver pasar de vez en cuando algún coche por la calle.

Había llegado de trabajar, por entonces, de repartidor de paquetes en una gran empresa que terminé sobrellevando. La parada del Metro estaba a diez minutos y tenía que pasar por una plaza en la que de día había una mezcla homogénea de jubilados y críos. Vivía solo, en aquel piso embutido en paredes de gotelé. A la vuelta recordaba las caras a las que entregaba los paquetes. Por cuestiones laborales, había degustado cientos de portales, felpudos, caras, timbres y pomos de puerta. Después de muchos años uno acostumbra a completar la vida que hay detrás de esos repartos. Yo estaba agotado, no de manera física, pues todavía era lo suficiente joven como para cargar alguna caja de enciclopedias que alguna humilde alma buscaría para rellenar algún hueco. Era un agotamiento más profundo y miserable, acorde al cansancio de un metro de vuelta.

El hábito de monje me taladraba como un berbiquí. Firme aquí y tome su paquete. No se olvide de la sonrisa de circunstancia. En alguna ocasión suele colarse alguna conversación lacónica, sobre el tiempo o la entrega, pero solía conocerlas todas. El Papá Noel moderno, montado en mi bajel de un confín a otro, entregando cajas seguramente selladas por algún otro infeliz como yo.

La mejor parte era llenar el furgón mientras hablaba con mis compañeros por la mañana. Especialmente con mi compañero Jorge, una persona capaz de englobar un

corazón enorme y una estupidez considerable. Jorge y yo siempre nos tirábamos alguna broma matutina y me resultaba gracioso que llevase perpetuamente la música de la radio altísima en su furgoneta. Conducía como un neurótico, en parte por la necesidad de “ser correctos con las cuotas y horarios de la compañía” en una mezcla de odio sobre ruedas y humildad desbordante.

A medida que oscurece la televisión produce más sombras. Me gusta ver como las burbujas de la cerveza compiten por llegar al cuello del botellín. La idea de ir a por la cena fuera va ganando terreno en mi cabeza así que me pongo de pie y me abrigo. Mi edificio era largo y alto, con alguna que otra araña acomodada en el pladur del techo. Las escaleras de mármol hacían ruido a medida que bajo, y el trote hace vibrar el cristal amarillo de la parte baja del pasamanos. El descansillo, con las paredes forradas de madera y un jarrón solitario, daba a una puerta grisácea perpendicular a un desierto de buzones que da paso a la calle.

El frío es errático y despiadado. Ando por la calle con las manos en los bolsillos de un abrigo plumas mientras una familia cargada de niños se recoge en su portal. El barrio oscurece con una naturalidad inusitada y las farolas no son lo suficientemente poderosas para una noche necia. El parque en el que jugaba de pequeño no queda muy lejos, recuerdo de una juventud selvática que ya quedó entregada al pasado. El restaurante chino está una calle más adelante, con un desbordante cartel amarillo encima de la puerta.

La nariz se me congela a medida que ando, enrojece por el frío y el lamento de los pasos. Los cristales de los coches aparcados comienzan a condensar la niebla, en una red suave de pequeñas gotas. Me gustaba andar por la noche porque uno se puede esconder en su profundidad. Las ventanas encendidas cruzan la oscuridad como puñaladas y el único semáforo que hay en la calle rezuma rojo. Las letras del luminoso amarillo se hacen grandes a medida que me acerco y en la puerta me saluda un buda de mi tamaño, con una oronda barriga y una lámpara roja de papel con flecos que caen.

Había ido tantas veces que me resultaba familiar. Aquel restaurante, regentado por un hombre de mediana edad, solía estar por dentro un poco oscuro. El agua al caer del acuario ahogaba el silencio entre gravados de dragones y una muralla.

— Buenas noches. — digo mientras me froto las manos.

— Buenas noches, ¿para llevar arroz?

— Si me hace el favor...

El hombre se dirigió a la cocina a paso rápido. Que me recordase me pareció un gesto hogareño y un poco incómodo. Matar el tiempo en aquella banqueta mientras en la cocina sonaba una orden, en un idioma desconocido pero que me resultaba imponente y claro. Espero con las manos en los muslos, como toda mi vida, al siguiente movimiento del mundo mientras los peces ondulan en el agua y las gotas nos sobrevuelan.

— Son tres euros veinticinco. — Dijo entregándome una bolsa de plástico blanca y fina.

Dejo cuatro euros, y con las vueltas en un platillo y una sonrisa que termina en una leve reverencia, me despido.

La calle sigue desierta y húmeda. Mis pasos suenan en estéreo, sin parar de pensar en el vacío que me produce aquella furgoneta. Noto como el calor sube por la bolsa hasta mi mano y el cansancio protesta en los talones.

Después de un bol de arroz, solo el sonido del televisor inunda la casa. El preludeo del día siguiente comienza a aparecer como un fantasma. Atraviesa las paredes y me acompaña toda la noche, cansado e indefenso, listo para sacrificar otro día más en pos de la rutina del asfalto. Apago la tele para irme a dormir andando a oscuras por el pasillo, a tientas.

Me asomo a la ventana y no veo nada. Solo algunas persianas cerradas y niebla, que me rodea hasta donde alcanza el marco del vidrio. Algún día esta niebla se irá y las farolas iluminarán toda la calle. No habrá más prisas y más noches caídas. No habrá más gestos forzados. Barrio obrero de paz nocturna, regado con colillas. Veo que el vecino se asoma a fumar y me mira. Tan cansado como yo, con vista de rapaz herida, seguro que piensa que algún día seremos la niebla que cubra todo Madrid.

Por la mañana, de camino a la estación, el Sol achanta con salir. Una mañana fría de vaho en las palabras. Avanzo uniformado con ritmo de alférez por aquella colmena. En los balcones no hay banderas sino sábanas, ondeando al viento en las terrazas. Todo mi país, todas las patrias del mundo en una sábana blanca. Mi casa tiene mil terrazas, miles de banderas secando al Sol, mientras todos nos movemos bien temprano para pelearnos con el alquitrán y los códigos de barras.